

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 2 DE JULIO DE 1888→

Núm. 340

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *Exposición Universal de Barcelona*, por don J. Yxart. — *La verdad y la mentira*, por don Carlos Coello. — *El ayuda de cámara*, por don A. Fernández Merino. — *Las reproducciones del arte extranjero en el museo de Kensington* (Inglaterra.)

GRABADOS. — *Carroza alegórica del ejército.* — Retreta dedicada á S. M. la Reina Regente en Barcelona, proyectada por nuestro director artístico D. J. L. Pellicer. — *Esperando...* cuadro de Rodolfo Jordán. — *Recuerdos de Montserrat.* — *Ermita de los Apóstoles.* — *Rocas llamadas «Gegant gros y gegant petit».* — *Ermita de Santa Cecilia.* — *Vista general del monasterio.* — *Jarro de la colección popla.* — *Copa de oro puro 1610.* — *Atlas 1619.* — *Entrepaño de plata.* — *Salvilla de la colección popla.* — *Copa de San Martín de Haarlem.* — *Salvilla de fines del siglo XVII.*

NUESTROS GRABADOS

CARROZA ALEGÓRICA DEL EJÉRCITO

Retreta dedicada á S. M. la Reina Regente en Barcelona

Proyectada por nuestro director artístico D. J. Luis Pellicer
(Fotografía del Sr. Torija)

La guarnición de Barcelona quiso festejar la venida de la corte á esta ciudad y con buen acuerdo organizó una retreta con antorchas, espectáculo ya conocido entre nosotros, pero nunca efectuado con la grandiosidad, buen gusto y lujo desplegados en el festival á que nos referimos. Aparte las fantásticas evoluciones efectuadas en la plaza de la Paz por los cuerpos militares, de un efecto verdaderamente mágico, siempre es agradable la idea de que las puntas de las lanzas sostengan ramilletes de flores y que los cañones de los fusiles rematen en faroles de colores distintos, confabulándose los hombres de armas no para producir una catástrofe, sino para captarse

las simpatías de una dama ilustre y de un pueblo bien hallado con la presencia de su soberana.

Al final de la retreta era de ver (y ninguno lo vió sin aplaudir) la carroza alegórica del Ejército que reproducimos en el presente número. Confióse el proyecto á nuestro director artístico, quien, harto experimentado en esta clase de compromisos, demostró una vez más que todos los pensamientos son realizables en forma bella cuando se posee talento bastante para armonizar lo más antitético en configuración y significado, las armas ó sea el instrumento de la guerra, y las flores que son el grato producto de la paz.

ESPERANDO... cuadro de Rodolfo Jordán

Mala cosa es esperar, tanto que según el refrán *quien espera desespera*. ¿Qué será cuando la que espera es una mujer amante y el esperado corre un verdadero peligro? Esta situación ha aprovechado Jordán para presentar un cuadro lleno de melancólico sentimiento. Las olas se estrellan al pie de las rocas y de las murallas, la luna riela sobre superficies de nieve congelada, el pescador del norte siente sus miembros ateridos por la espuma que inunda su frágil embarca-

FIESTAS DE BARCELONA DEDICADAS Á S. M. LA REINA REGENTE



CARROZA ALEGÓRICA DEL EJÉRCITO. — Retreta dedicada á S. M. la Reina Regente en Barcelona

Proyectada por nuestro director artístico D. J. L. Pellicer (fotografía del Sr. Torija)

ción. También la joven esposa se encuentra helada, no de frío, sino de pavor: la barca deseada no parece y el viento tiene una manera especial de remedar los ayes del moribundo...

Es el asunto tantas veces empleado de la triste y azarosa vida del marinero. Pero el artista, como la naturaleza que es su gran modelo, nada nuevo produce: un rosal siempre da rosas, y sin embargo cada una de ellas es distinta y cada una de ellas es admirable. El arte repite á menudo las escenas, lo cual no impide que cada escena sea una obra de arte.

RECUERDOS DE MONTSERRAT

Á PROPÓSITO DE LA EXCURSIÓN DE S. M. LA REINA REGENTE
Los dos gigantes. - El monasterio. - Santa Cecilia. - Los Apóstoles

La expedición á Montserrat dispuesta por la Diputación provincial de Barcelona en obsequio á S. M. la Reina Regente ha llamado nuevamente la atención universal hacia la célebre montaña donde se venera á la Virgen protectora del Principado de Cataluña. Y no sin motivo llama Montserrat aquella atención, pues raras son las manifestaciones de la naturaleza que reúnen la originalidad y grandeza de ese monte doblemente sagrado.

Bañada por el caprichoso Llobregat, á siete leguas ONO. de Barcelona, encuéntrase la incomparable montaña, cuyos enhiestos picachos, algunos de ellos de 150 pies de altura, contemplados á la luz crepuscular, parecen gigantes que defienden contra los profanos la entrada del venerado recinto. Su elevación sobre el nivel del mar es de 3,978 pies, y su composición es de piedras calizas cenicientas, rojas, amarillas, pardas y de color de carne, conglutinadas de tal suerte que constituyen el mosaico más extraordinario é incomprensible que haya producido la tierra en un momento de cataclismo. Dice una bella leyenda del país, que estas montañas se desgarraron, á impulsos de su propio dolor, cuando el Redentor del mundo exhaló su último suspiro. No cabe dar explicación más poética y en apariencia más apropiada á esa formación que da á Montserrat el aspecto de las ruinas de un terremoto. Nuestro grabado que representa las peñas conocidas por el gigante grande y el gigante pequeño, da buena idea de lo que pudiera llamarse el caos de Montserrat.

A la parte E. del monte, considerado desde el Llobregat, son de ver la famosa basílica y monasterio, que con ser una y otro muy notables por su capacidad, parecen como empujados por la grandeza natural que les rodea. En esa basílica se adora á la Virgen de la clásica montaña. Materialmente considerada, está fabricada de madera; su rostro es moreno subido, casi negro, y aun cuando su talla se remonta á una época casi bárbara del arte, es de regulares facciones y de fisonomía dulce, correcta y simpática. El vestido vulgarmente llamado de trono que la envuelve, impide apreciar su verdadera estructura ó actitud, que es sentada, con el niño Jesús en brazos. Tan preciosa imagen fué descubierta en el año 880 por unos pastores de Monistrol: Vifredo el velloso, á la sazón Conde de Barcelona, erigió el primitivo claustro que dotó con religiosas Benitas de San Pedro de las Puellas de Barcelona, siendo su primera abadesa Richilda, hija de aquel soberano. Aquí la tradición da lugar á la famosa historia de F. Juan Garín, que nos parece de muy mal género y propia solamente de tiempos bárbaros.

En el año 976 el conde Borrell substituyó á las Benitas de San Pedro con Benitos del célebre monasterio de Ripoll, y en 1410 la santidad de Benedicto III decretó la independencia del convento, que se vino rigiendo por la autoridad de su Abad propio.

No es de la índole de nuestro periódico explicar, ni aun en resumen, las vicisitudes de ese santuario, visitado por nuestros príncipes más ilustres y por ellos enriquecido con magníficas dádivas. La fama de estas riquezas, más que el deseo de destruir el baluarte de la fidelidad catalana, dió probablemente lugar al saqueo é incendio del monasterio en tiempo de la famosa guerra de la Independencia. Aun son de ver hoy día los estragos de aquella jornada: las ruinas de Montserrat claman al patriotismo catalán contra los satélites del conquistador de Europa. Mucho ha reparado con posterioridad la largueza de los fieles; pero la actual fábrica dista mucho de ser lo que fué en otros tiempos. A pesar de todo, difícil es combinar peregrinación más bella que la peregrinación á Montserrat.

Del tiempo de su apogeo conserváanse, más ó menos bien restauradas, las ermitas que en otro tiempo fueron albergue de piadosos solitarios. En nuestros días, en que todo se materializa y contra las decepciones del mundo apenas se concibe más remedio que la desenfadada crápula ó el cañón de una pistola, no se comprende la existencia de esos eremitas que, como las águilas, vivían en puntos inaccesibles casi á los hombres. Y sin embargo, esos hombres han existido, y dan prueba de ello las ermitas diseminadas en los lugares más abruptos y peligrosos de la montaña. En el presente número reproducimos las tituladas *Santa Cecilia* y *los Apóstoles*. No todos los romeros visitan esas construcciones, por más que la empresa no sea difícil y mucho menos peligrosa; pero aun los que trepan á esas ermitas, raras veces se hacen cargo de lo que significaron y valieron en la época de la fe. Los dramas íntimos que tuvieron lugar dentro de esas desnudas paredes Dios los presenció: la leyenda ha popularizado alguno de ellos; pero la leyenda es muy pobre cosa para revelar los arcanos del humano corazón y dar cuenta de los soliloquios del ermitaño en las soledades de la Tebaida catalana.

Nuestros lectores han de agradecerlos sin duda que, en la reproducción del presente, evoquemos el recuerdo de un pasado, al cual no deseáramos por cierto volver en absoluto; pero que tiene, cierto y propio, su arte, su grandeza y su poesía.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

NUEVOS PANORAMAS

Hemos recorrido hasta aquí la primera sección en que puede considerarse dividida el área vastísima de la Exposición universal. Siguen á ella el Parque hasta el Palacio de la Industria, y tras éste la tercera y última sección hasta el mar.

Para el que visita estos sitios, como nosotros ahora, atendiendo únicamente á la belleza panorámica del conjunto, la impresión no puede ser más grata y amena y al propio tiempo magnífica.

Encierran los jardines gran variedad de hermosas perspectivas con sus principales y anchurosas calles, la de los Tilos y la de los Alamos, con su arbolado frondoso y umbrío, con sus ocultos senderos á cuya orilla se alzan en agradable desorden diversos pabellones. Donde quiera que se vuelva la vista, sorprende al observador un cuadro ya compuesto y tentado al pincel, que para mayor atractivo varía de entonación y de belleza en las diversas horas del día. Algunos de estos cuadros presentan el aspecto poco interesante, pero grandioso, de las calles de árboles tiradas á cordel, y flanqueadas por edificios en hilera. Pero otros, con sus recodos imprevistos, con sus masas de ver-

dura de diversos tonos, enmarañada y tupida, con su regalada sombra, tienen todo el encanto apacible de la naturaleza inculta y abandonada á sí misma, tanto más grato cuanto más cerca del movimiento y la vida. Indudablemente, sin el atractivo de la rica vegetación, hoy en la plenitud de su fuerza y de sus colores, la Exposición, aunque vasta, no hubiera tenido la amenidad de ahora; con este aliciente, no sólo debe de impresionar al extranjero, sino que parece nuevo y más bello el sitio á los que tenemos los ojos acostumbrados á él. Diré más: extraño no verlo celebrado con más frecuencia por la generalidad, ya que á los artistas no pasa inadvertida la belleza de ciertos puntos de vista. Hay algunos en los alrededores del lago verdaderamente notables. Contribuyen á realzar su encanto dos elementos que son vida de todo paisaje: el agua en primer término, y las viejas construcciones en el fondo. Refleja el agua la fronda de sus márgenes esfumando fantásticamente los contornos y diluyendo las tintas en ese verde de légamo húmedo y tenue que el más leve soplo disipa ó raya horizontalmente con líneas temblorosas, como si la aérea visión se sumergiese y se desvaneciese poco á poco detrás de una gasa. Las construcciones, á su vez, alumbradas por el sol, ó agrisadas por el cielo nebuloso, ponen de resalto las masas de verdura, encuadran el paisaje y llenan el último término con el simpático color de los edificios viejos, sea cual fuere su arquitectura. Los últimos restos de la Ciudadela, mirados desde el lago, parecen colocados allí adrede para embellecerlo... Los mismos pabellones y kioscos construídos en distintos sitios y los cafés y puestos de bebidas con sus variadas líneas y sus colores más vivos y artificiales, ofrecen un contraste más entre aquellos senderos sombríos, mientras en último término edificios como el gran depósito de aguas, y los nuevos cuarteles, asomando sus vastas fachadas por encima de los álamos, engrandecen la decoración con sus prolongadas paralelas.

Sólo recorriendo detenidamente estos bosquecillos, puede adquirir el visitante una idea exacta de las curiosidades que contiene la Exposición, y de la extensión que ocupa, aparte de sus palacios colocados en lugar más visible. Sólo así también cabe apreciar debidamente cuanto servicio le prestan los jardines, ofreciendo asilo y refugio al paseante y estableciendo un contraste pocas veces logrado entre las grandes vías rectilíneas, entre las construcciones regulares y extensas, y los recodos ocultos y variados. No se dirían encerrados dentro del mismo perímetro estos sitios pintorescos, y la calle que conduce hasta la estatua de Prim; ni es el mismo el efecto producido por el Paseo de Pujadas frente al Palacio de Agricultura con las instalaciones al aire libre, y la aglomeración de kioscos delante del Palacio de la Industria, ó la vasta plaza de armas. Destruída la uniformidad, una gran concurrencia circulando por tan diversos puntos á la vez, aquí diseminada por las distintas veredas, agrupada en grandes masas en la plaza, empujados debajo de la galería porticada que ciñe el hemisiciclo, se ofrece al espectador, no con la monotonía de una multitud aturdida que desfila por delante de un vasto museo, sino con la variedad pintoresca y animada de un pueblo que se divierte y goza.

Tiene la vieja plaza de armas su grandiosidad, pero las pobrísimas pinturas de sus antiguos edificios la deslustran en parte, como destruye en parte también el efecto del hemisiciclo el exterior del Palacio de la Industria. Prescindiendo del que causan sus vastas naves en su interior, donde el ánimo se espacia y siente de nuevo la febril impresión que comunican en vasto espacio tantos artefactos y tantas manifestaciones del esfuerzo humano; prescindiendo, digo, de la perspectiva de las inmensas galerías alejando sus paralelas en diversas direcciones con las siluetas de las instalaciones y los colores infinitos de la materia elaborada, desde el cristal al tapiz, y desde la laca al bronce, hay que atravesar la nave central y salir al aire libre para dar con otro panorama que iguale en belleza al de los jardines, aunque con decoración absolutamente distinta.

Una vez se ha subido la gran escalinata que conduce al puente de hierro, la mirada abarca el trozo más característico y magnífico, en mi concepto, de la actual Exposición, la sección que, por los elementos de que se ve rodeada, tiene fisonomía más propia y más en consonancia con el carácter de un certamen universal. Los jardines, con sus pintorescos fragmentos, traen á la memoria las obras de los paisajistas; el espectáculo que divisamos desde aquí, antes de bajar hasta el mar, recuerda los grabados de las grandes ilustraciones norte-americanas: una vista fragmentaria de una gran población industrial con la grandeza singular del tráfico y el poder de la maquinaria, que pocos admiran. El magnífico puente de hierro, prolongándose en una extensión de 150 metros de longitud, colgado en el aire, resonante bajo los pies del que lo atraviesa, tendido sobre dos líneas férreas; el paso continuo de las locomotoras por debajo de su armazón; la galería de máquinas á la izquierda, los grandes tinglados de las estaciones á la derecha, un gasómetro enfrente, el faro de carbón en último término, el mar y el puerto en lontananza; el silbido y trepidación de los trenes, la humareda del vapor que ennegrece los árboles y los edificios; en todas partes la actividad, el movimiento y la vida de la máquina con sus resoplidos y la imponente majestad de su fuerza fatal; todo esto en horizonte despejado por donde quiera que se tiende la vista, forma realmente un espectáculo grandioso de los que parece comunican energía á la voluntad y nuevos bríos al pensamiento.

Cuando se ha atravesado el puente y descendido otra vez á la otra parte de la línea férrea, cambia de nuevo el cuadro. La brisa marina azota el rostro, agita los gallardetes del bello pabellón de la Traslántica, y la tendida lona de los kioscos; se cimbrean las palmeras que adornan el paseo transversal; se siente el inefable desahogo, se respira la singular alegría de la proximidad del mar que ensancha el alma como si la libertara de toda opresión, con impresión igual á la que produce para los ojos libertándolos de todo límite!

Y al llegar aquí, ya es imposible mirar á otra parte, ni detenernos ante ninguna instalación. Aceleramos el paso hacia el tablado que se adelanta hasta las olas, montado sobre hierro, nos sentamos y contemplamos...

¿Cuánto llevamos recorrido hasta aquí desde el arco de la portada? 2,500 metros.

J. YXART

LA VERDAD Y LA MENTIRA

(CUENTO EN ACCIÓN)

La verdad ofende como los rayos del sol.

Selgas

INTERLOCUTORES

El Duque de Ferrara
Constanza, camarista de la Duquesa
Julieta, compañera y amiga de Constanza
Blanca, dama de la corte
Petruccio, bufón del Duque
Rambaldo, cortesano
Damas y cortesanos

Ferrara 16.....

ESCENA PRIMERA

Jardines del palacio ducal.

Julieta, Blanca, Rambaldo, Damas y Cortesanos.

BLANCA

Eso, Julieta, equivale á no decir nada.

RAMBALDO

Realmente, vuestras palabras no corroboran ni desvirtúan las afirmaciones de Petruccio.

JULIETA

Las afirmaciones del bufón del Duque no son otra cosa que una miserable calumnia!

DAMA I.^a

Pero no os exaltéis para decir eso, hija mía.

CORTESANO I.^o

Tomáis las cosas con demasiado calor.

JULIETA

Lo digo y lo repito: una calumnia alevé y cobarde, propia de un ser que se venga del desprecio á que le condena su deformidad con no reconocer perfecciones ni en Constanza, que es la perfección misma.

BLANCA (riendo á carcajadas)

¡La perfección misma!... ¡Ja, ja, ja!...

JULIETA

Linda como un sol, como pocas instruída y discreta, y la amiga mejor que tengo en el mundo.

DAMA I.^a

Por ahí debisteis empezar.

JULIETA

Tenéis razón, porque, después de haber dicho yo que era mi mejor amiga, nadie que me conozca puede dudar de la inocencia de Constanza.

RAMBALDO

Nadie duda de ella, Julieta incomparable, fénix de la amistad. Todos los aquí presentes creemos que Constanza ha tenido, hasta hace muy poco, inocencia y mucha inocencia; pero sospechamos que la ha perdido, que el Duque se la ha encontrado, y que ciertas cosas no se pierden y se recobran con tanta facilidad como se hallan y se recogen.

DAMA I.^a

¡Oh! si el Duque se ha hecho cargo de la inocencia de nuestra compañera, la tal virtud no corre ya el menor peligro.

RAMBALDO

De que el delito, si realmente existe, no quedará impune, responde la prisión de Petruccio realizada anoche mismo...

CORTESANO I.^o

Y el proceso que en el acto comenzó á formarsele.



ESPERANDO... cuadro de Rodolfo Jordán

CORTESANO 2.º

No puede desconocerse que ha habido gran temeridad en la conducta de Petruccio. Eso de suponer que el Duque está ya hartado de su consorte y que, con el frívolo pretexto de que ésta se ha aviejado mucho en los diez años que llevan de matrimonio, procura buscarse alguna compensación cortejando á una camarista de su mujer...

BLANCA

Sí, es cosa demasiado fuerte.

JULIETA

Es cosa que no se puede creer sin examinarla despacio.

DAMA 1.ª

Justo; porque después de examinada así, como hemos hecho nosotros, puede creerse sin dificultad.

JULIETA

No comprendo tal ensañamiento contra una pobre mujer que á ninguno de los presentes ha hecho nunca el menor daño.

RAMBALDO

Ni el favor más pequeño. Yo, por mi parte, no he recibido de ella ninguno... Verdad que no lo he solicitado; lealmente lo confieso.

JULIETA

¡Tenéis una lengua viperina, señor Rambaldo!

(Las damas y los caballeros cuchichean y rien entre sí. Rambaldo se ha adelantado siguiendo á Julieta y habla con ella aparte.)

RAMBALDO

Nunca os he visto tan indignada como hoy.

JULIETA

Nunca habrá sido la indignación tan indispensable.

RAMBALDO

Ni nunca tan bella y seductora.

JULIETA

Nunca habré necesitado como hoy de bellezas y seducciones.

RAMBALDO

Lléveme el diablo si os entiendo.

JULIETA (cogiéndose de su brazo)

Pues dadme el brazo, que se os va á llevar.

RAMBALDO

Eso quiere decir que vos sois el diablo.

JULIETA

Si yo fuera el diablo, me llevaría cosa mejor que vos.

RAMBALDO

¿El Duque?...

JULIETA

Ese es aun peor que vos.

RAMBALDO

¿Se puede ser peor que yo?

JULIETA

Únicamente de un modo: siendo el Duque. (*Pasean juntos por el jardín.*)

RAMBALDO

¡Repito que hoy estáis hermosa como nunca!

JULIETA

No conozco galantería más trivial. Semejante elogio equivale á llamarla á una fea por costumbre y hermosa por excepción: parece como que cansados los ojos de encontrarla á una fea todos los días, la encuentran menos fea una sola vez, y para que esta misma alabanza resulte poco halagüeña viene la admiración tras de tanta indiferencia que toma aspecto hasta de nuevo y definitivo desaire.

RAMBALDO

No me atrevo á penetrar en el laberinto de vuestras palabras, temeroso de perderme.

JULIETA

¡Perderos vos!...

RAMBALDO

¿Qué desaire hay en encontraros más bella que nunca y decíroslo lealmente?

JULIETA

Un desaire enorme. Me conocéis hace tres meses: en ese tiempo habéis estado viéndome todos los días sin faltar uno; no habéis hecho jamás (al menos delante de mí) el menor elogio de mi cara, de mi cuerpo, ni aun de mi mano...

RAMBALDO (tomándole una y besándosela)

Que en verdad es divina!

JULIETA

Pues ¿cómo queréis que no crea yo que si hoy habéis tenido, al fin y á la postre, una frase halagüeña para mí, se debe, no á que yo esté hoy más hermosa que nunca, sino simplemente menos fea que de costumbre?

RAMBALDO

¡Menos fea!

JULIETA

Debido, sin duda, al brillo del sol que nos muestra su faz después de tanto y tanto nublado... ó á alguna enfermedad de vuestros ojos...

RAMBALDO

Mi admiración hacia vos...

JULIETA

A algunas mujeres les perjudica, para ser admiradas, el recuerdo de la hermosura que en otro tiempo han poseído: á mí se conoce que me favorece el tiempo que llevo de ser fea.

RAMBALDO

Mi admiración hacia vos...

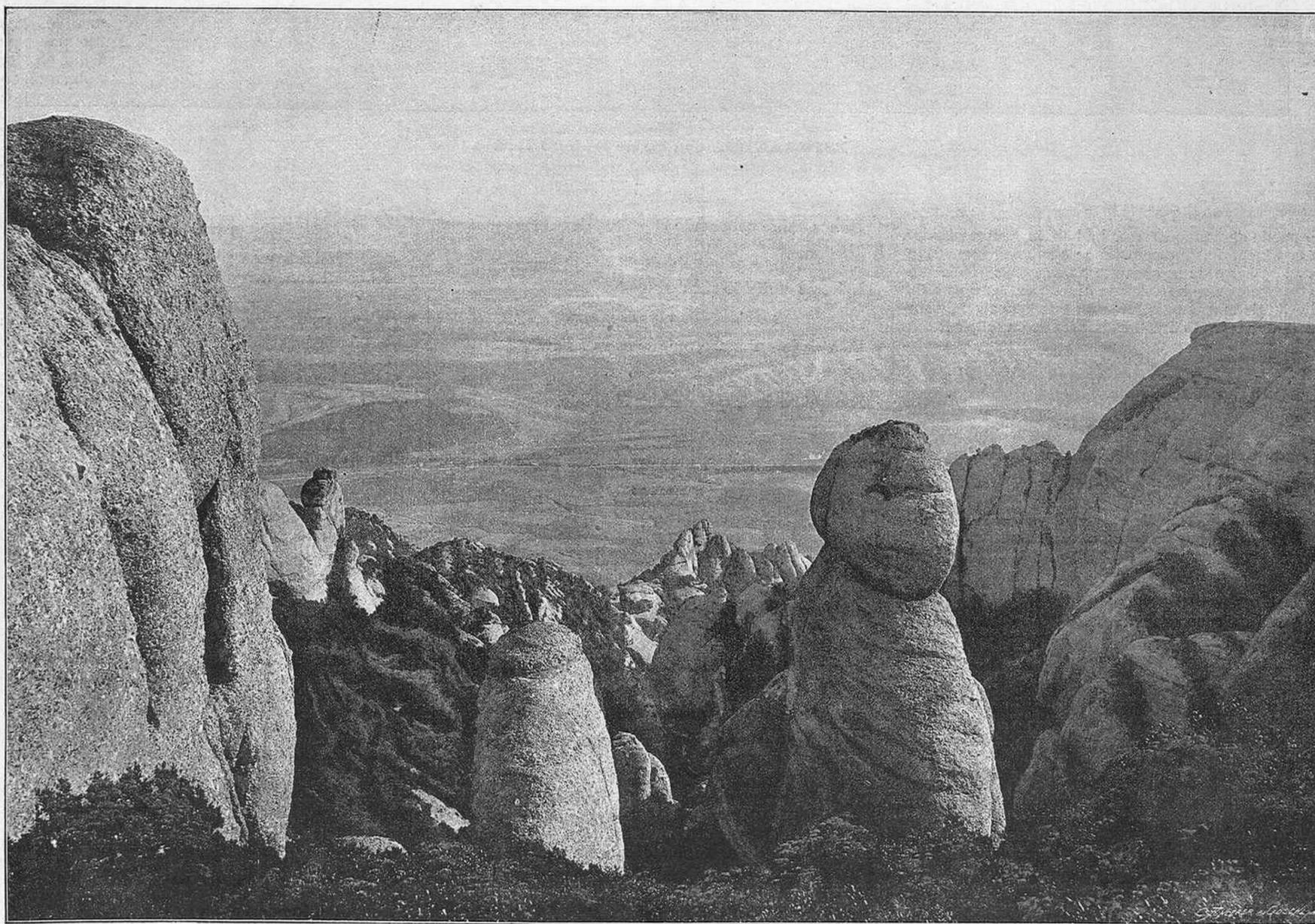
JULIETA

Ahí tenéis á Blanca que era, cuando tenía treinta años, la mujer más hermosa de Italia.

VIAJE DE S. M. LA REINA REGENTE AL MONASTERIO DE MONTSERRAT

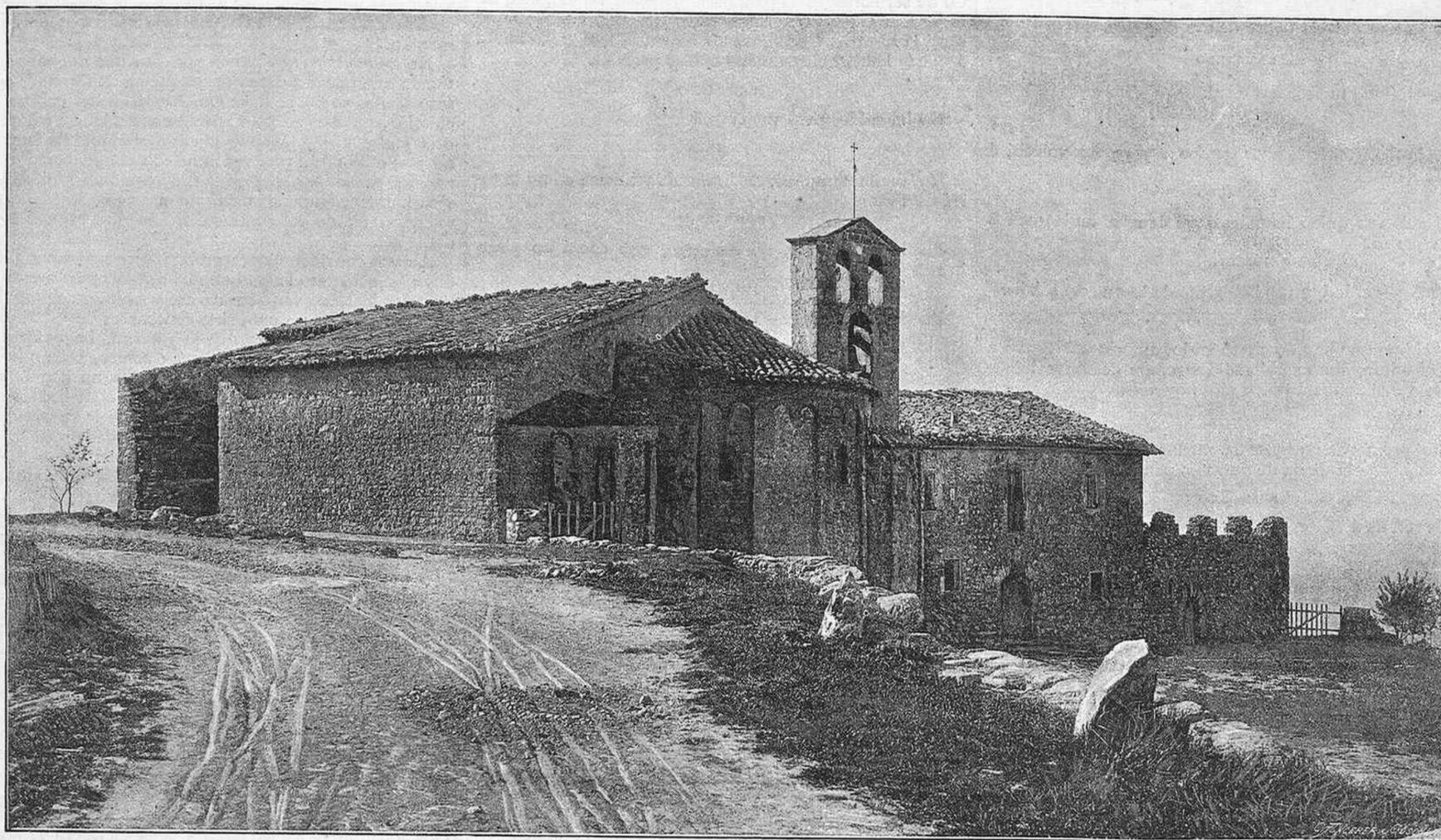


Montserrat. — ERMITA DE LOS APÓSTOLES



Montserrat. — ROCAS LLAMADAS «GEGANT GROS Y GEGANT PETIT» (vista tomada desde San Jerónimo.)

VIAJE DE S. M. LA REINA REGENTE AL MONASTERIO DE MONTSERRAT



Montserrat. - ERMITA DE SANTA CECILIA



Montserrat. - VISTA GENERAL DEL MONASTERIO

RAMBALDO
¡Treinta años! ¿Ha cumplido Blanca treinta años?

JULIETA
Sí, ya ha salido la pobre de ese disgusto.

RAMBALDO
No creí que tuviese esa edad.

JULIETA
No la tiene, la tuvo hace tiempo... y ya no volverá á tenerla.

RAMBALDO
¿Y sois vos quien llamaba á mi lengua nada menos que viperina?

JULIETA
Yo digo verdad, y vos hablabais de lo que no sabéis.

RAMBALDO
Decidme qué hay de cierto en los amores del Duque y de Constanza, aun cuando sólo sea para defender hábilmente á una amiga á quien tanto queréis.

JULIETA
¿Me prometéis no tener la menor confianza sobre el particular con la dama de vuestros pensamientos?

RAMBALDO
¿Os referís á Blanca?

JULIETA
No se os puede negar cierta penetración. — ¿Me prometéis lo que os pido?

RAMBALDO
Prometo no hablarle palabra del asunto.

JULIETA
Lo mejor sería que no hablaseis con ella de nada. Ella es mujer de gran experiencia y os hará decir cuanto se proponga.

RAMBALDO
¿Teméis?

JULIETA
Temo por vos.

RAMBALDO
(besando de nuevo y con mayor arrebató la mano de Julieta)

Quando os ví por primera vez estabais hermosa como nadie; en la cacería del mes pasado estabais hermosa como siempre; hermosa como siempre estabais en la mascarada de anoche; pero hoy... hoy, Julieta, estáis hermosa como nadie y hermosa como nunca.

JULIETA
Dejaos de galanterías y contestadme sinceramente. ¿Aspiráis á mi estimación?

RAMBALDO
Aspiro á que sepáis que os adoro y no os burléis más tiempo de mí.

JULIETA
¿No aspiráis á menos que á eso?

RAMBALDO
Ni á menos ni á más. Vuestro corazón tiene al mío en su poder desde el punto y hora en que os ví...

JULIETA
¡Cuán disimulado sois!

RAMBALDO
El prisionero dará á su señora informes de mí.

JULIETA
Creedme: no os reunáis con Blanca y con las gentes que de ordinario la rodean. No os conviene semejante compañía. Valéis más que ellos.

RAMBALDO
Mi cargo en palacio apenas me consiente abandonar estos lugares. ¿Con quién me he de reunir?

JULIETA
Reuníos conmigo y con las pocas personas formales que hay en la corte... Con la misma Constanza. Esto os evitará grandes disgustos y no impedirá que adelantéis en vuestra carrera. Pero si hemos de ser amigos es menester que me ayudéis á defender á Constanza contra esa gente sin alma y sin corazón.

RAMBALDO
Mandad á vuestro antojo. ¿Constanza está realmente libre de toda culpa?

JULIETA
Constanza está necesitada de defensa, y esto os debe bastar.

RAMBALDO
Decidme no obstante...

JULIETA
Constanza es honrada; pero el Duque está loco por ella y las locuras de los soberanos pocas veces han dejado de ser contagiosas para las mujeres en quien ponen los ojos. Los ejemplos son tan raros que han merecido pasar á la historia. Constanza no ha caído aún de la altura á que la habían elevado sus nobles prendas.

RAMBALDO
No ha caído, pero vacila ¿eh?

JULIETA
No vacila tampoco: se limita á inclinarse como la torre de Pisa.

RAMBALDO
Puede presumirse, sin embargo, que caerá en plazo breve.

JULIETA
Puede presumirse. — Hoy por hoy no hay nada. La Duquesa anda con cien ojos y está tentada de atar al Duque con un cordón como si fuese uno de sus falderillos: Blanca, deseosa de ver si conseguía de la Duquesa un afecto más durable que el que mereció al Duque...

RAMBALDO
¡También Blanca!

JULIETA
También... pero hace ya mucho tiempo. — Blanca espía los pasos del Duque y como conoce su... modo de andar, la empresa no es muy difícil para ella.

RAMBALDO
Y vos, ¿qué papel hacéis en este drama de familia?

JULIETA
El más desinteresado, porque del Duque ni espero ni quiero gratitud, y muchísimo menos de la Duquesa. Amo á Constanza como á una hermana, y temo por su felicidad y por su reposo.

RAMBALDO
Con razón os llamaba yo antes el fénix de la amistad.

JULIETA
Nunca sabréis los hombres lo que nos queremos las mujeres unas á otras.

RAMBALDO
Entre Blanca y vos no reina, sin embargo, mucha armonía que digamos.

JULIETA
Vos no sois el Duque.

RAMBALDO
¿Qué queréis decir?

JULIETA
¡Nada! ¡No quiero decir nada! Salvemos entre los dos la reputación de mi amiga y la paz doméstica del jefe del Estado. Mostraos falto de pruebas de su culpabilidad, si hay culpa en que un príncipe italiano proteja á la belleza sin necesidad de que sea de mármol ó esté pintada como los cuadros de Rafael y las mejillas de Blanca. — El Duque ha significado á Constanza su deseo de verla á solas y hablar con ella de asuntos interesantes.

RAMBALDO
Es de presumir que Constanza accederá á esos deseos.

JULIETA
Es de presumir.

RAMBALDO
Pero ¿no ha accedido todavía?

JULIETA
La pobre no ha tenido ocasión.

RAMBALDO
Si la intención es buena...

JULIETA
Si no me equivoco, es inmejorable.

RAMBALDO
De fijo, no os equivocáis.

CÁRLOS COELLO

(Continuará)

EL AYUDA DE CÁMARA (1)

No pocas veces hemos padecido craso error al encontrar en la calle á muchos que por su aire, sus maneras, su traje y sus modales se nos antojaban perfectos caballeros y que por tales los hubiéramos seguido teniendo si no fuera muy

(1) Pertenece este artículo á la obra publicada por el editor D. Juan Pons, que se titula: *Los españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos.*

poco lo que basta en este pícaro mundo para demostrar clara y palpablemente que el hábito no hace al monje.

Sin embargo, muchos serán los que como nosotros se equivocarán, pues vivimos en un tiempo en que se hace imposible distinguir á las gentes por la ropa que llevan, causa de no pocas inconveniencias que diariamente se lamentan.

No quiera Dios que nunca por esto que decimos se entienda que nuestro deseo es de que se uniformen las clases sociales como se hace con los distintos cuerpos del ejército, pues con esto nada se enmendaría ni nada podría conseguirse, máxime cuando siempre sucedería lo mismo; el hombre rara vez atina con el oficio para que ha nacido, razón por que en la tragi-comedia que se llama vida humana abundan más que otros, los incidentes cómicos, resultado del contraste de lo que es, con lo que debía ser.

A estas consideraciones preliminares nos vemos llevados al considerar el tipo que nos proponemos presentar á nuestros lectores, vario en su clase y manifestaciones hasta el punto de que, no uno, sino centenares de estudios podrían hacerse. Ya antes que la nuestra, ha ocupado la atención de muchos el *Ayuda de Cámara*, pues no es poco el que se haya dicho que á sus ojos no hay hombre grande. Las páginas inmortales de una obra clásica en la literatura española y clásica en la literatura francesa, presentan un acabado retrato de los ayudas de cámara en los tiempos pasados y Gil Blas de Santillana es el modelo más perfecto de los que por una cantidad determinada y por los gajes que pueden conseguir, que siempre suben á más, se plegan á las exigencias de otro, los sirven convirtiéndose en su sombra, satisfacen sus caprichos, contribuyen á que den cima á sus empresas y, lo que es aun peor, se apoderan de sus secretos.

Antes el ayuda de cámara se obtenía casi siempre del mozo lugareño, que después de haber estudiado latín y humanidades con el párroco de su pueblo ó con algún dómimo, salía á estudiar á cualquiera de las universidades del reino. Siendo pobre, no había más remedio que servir para ganarse el sustento, en tanto que un título académico bastaba para colocarlo en mejor posición. A esta clase pertenecen el mayor número de los que nos presentan los autores clásicos, á la misma corresponde nuestro Gil Blas; mas con harta frecuencia sucedía que no podían servir á otros y servirse á sí mismos á un tiempo, y el ayuda de cámara permanecía en su oficio, hasta que la edad ó los achaques le hacían pasar á la de escudero de alguna dama principal ó paje ó rodrigón de niñas mozas, que no pocas veces ocultaban busconas, que siempre las hubo.

Al que nunca ha servido, por más que nunca tuviera tampoco quien le fuera á servir, se le antoja que desempeñar un cargo como el que nos ocupa, es lo último que hay que hacer en la vida y quizás, y aun sin quizás, tenga razón. Pero si preguntamos á un verdadero ayuda de cámara, por cuál trocaría su oficio, dirá seguramente que por ninguno, y no se crea esto como resultado de su ignorancia, pues, listos y ladinos cual muy pocos, podrían desempeñar puestos distinguidos si sintieran el más ligero amor por el trabajo que edifica y ennoblece.

Gil Blas montó en su mula con los ojos húmedos por las lágrimas que le arrancara la despedida y consejos de su tío; Gil Blas partió de la casa con ánimo decidido de hacerse un hombre de provecho, y sin embargo, cuando después de las mil peripecias que el hado sembró en su vida, consiguió hacerse ayuda de cámara ó criado de confianza, no quiso salir de tal estado en el que si bien es cierto fueron muchas las contras, ascienden á más las ventajas. Como él otros muchos trocaron la esperanza de un porvenir más cómodo, por la existencia regalona que siempre tuvo el ayuda de cámara.

En los tiempos modernos nuestro tipo es un criado que ha llegado á lo que más podía llegar. Comenzó su carrera sin duda desempeñando bajos oficios, y poco á poco cuando fué perdiendo sus toscas maneras y sus modales groseros, cuando el trato con la gente le hizo adquirir formas y despertó su ambición, y quiso dejar la blusa por el chaquet ó por el frac, pensó que ningún cargo le vendría tan bien como el de ayuda de cámara y con efecto comenzó á solicitarlo hasta que lo obtuvo.

Han cambiado los tiempos y con ello se han operado no pocos trastornos: en nuestros días el ayuda de cámara no podrá compartir mesa y cuidados con el ama del orondo canónigo, ni podrá por listo que sea sustituir al médico á quien sirva, ni se irá en pos del hombre de guerra, ni en caso alguno podrá ser solicitado de asesor por purpurado arzobispo, y es que muchos de los que en lo antiguo podían permitirse el lujo de un ayuda de cámara, hoy apenas si pueden tener criada, porque todo ha encarecido y con ello á Dios gracias ha ido subiendo el estipendio de los que por su buena ó mala suerte tienen que servir á otros.

Escaso y mezquino era el sueldo que nuestro buen Gil Blas cobró en las distintas casas en que estuvo, y si posible fuera enterarle de lo que hoy sucede, estamos seguros que supondría llegado el tiempo en que un criado podía cobrar la asignación de un príncipe. Esto es lo cierto; facultativo hay en la época que alcanzamos que no llega ni con mucho á ganar lo que un fámulo de alta jerarquía y cualquiera de éstos puede realizar ahorros que, en su día, le permitan vivir cómodamente sin trabajar, mientras otros se mueren de fatiga sin haber logrado más que ir saliendo con miseria, á pesar de su probada y constante economía.

Para comprender al ayuda de cámara moderno, hay que verlo desde el momento en que comienza á solicitar el cargo. Nos hallábamos en una ocasión de visita en



Fig. 1. - JARRO DE LA COLECCIÓN POPTA

la casa de un señalado personaje, cuando se presentó en el despacho un señor magníficamente portado; su levita de fino paño é irreprochable corte, no hacía una arruga, sus ajustados guantes no tenían el menor deterioro y se veía flamante su sombrero de copa: se expresaba tan bien y eran tan distinguidas sus maneras, que creímos era algún político que venía á pedir el voto, ó algún literato que venía á pedir permiso para frecuentar la biblioteca particular de la casa, pero nos llevamos un solemne chasco: aquel sujeto era ni más ni menos que un ayuda de cámara cesante, porque el señor á quien servía había salido de España para desempeñar un alto puesto diplomático, y se presentaba para solicitar allí igual puesto. Tuve que retirarme antes que la conferencia terminara, y no me enteré de sus pretensiones, mas como mi curiosidad había quedado excitada, no pude menos de indagar y logré saber lo bastante para poderlo presentar en este día.

Ya lo hemos dicho: en nuestro tiempo el ayuda de cámara sale de la muy notable clase de criados; pero ¡cómo se modifica! ¡cómo cambia! ¡cómo influye en él la clase, condición y naturaleza de la persona á quien sirve, y que es en suma quien le hace el gasto, quien le crea las opiniones!

El ayuda de cámara de un hombre político es sin duda



Fig. 2. - COPA DE ORO PURO 1610

el peor de los enemigos que tiene el partido en que su amo milita, y no porque él deje de seguir sus huellas, sino porque con sobrada razón se ha dicho que lo que más perjudica es un aplauso extemporáneo: aquel fámulo de confianza es con quien el elevado personaje se desahoga en sus ratos de cólera ó con quien esparce el ánimo en sus ratos de satisfacción, y dueño de sus confianzas, aumentado el caudal de sus conocimientos con lo que escucha á las visitas que frecuentan la casa, sale luego y contoneándose como para aumentar su importancia, lanzando al aire con sin igual desenfado las bocanadas de humo que aspira del veguero que hurtó á su amo, hace suyas las frases y los pensamientos, simula que se le ocurren las más estrambóticas combinaciones, entabla discusión sobre cualquier punto, y cuando se mira derrotado, que es casi siempre porque no alcanza á más su suficiencia, pone término brusco y quiere tapar la boca de todos, exclamando con aire magistral:

- Mi amo lo ha dicho.

Figúrense nuestros lectores que esto nunca es cierto, pues siempre el ayuda de cámara del hombre político habrá contado lo que se le antojó ó lo que pudo entender y nunca aquello que en realidad fué dicho, y de aquí naturalmente se siguen unas cuantas interpretaciones y dichos de que acaba la prensa por hacerse cargo, siguiendo no pocos perjuicios á quien únicamente cometió el delito de tener confianza con su ayuda de cámara.

Si el partido político de su amo está en auge, nuestro tipo es una gran influencia, pues al levantarse el amo, cuando almuerza, cuando come, en fin, á todas horas, se hablará del asunto hasta que lo consiga, y una vez conseguido, para él son los gajes, los regalos y las satisfacciones: si está en la oposición es un peligro, pero entonces procura consolarse con esperanzas; habla como si fuera un ministro, se da importancia y siempre acrece su influencia.

El ayuda de cámara del sietemesino calavera ó del dandy á la moda es más terrible aún: procura imitar á su amo y aprovecha con fruto las lecciones que toma al ser cómplice en un buen número de intrigas amorosas: se hace en un principio el terror de las doncellas de labor, que al fin concluyen por asediarlo y adorarlo: viste con casi perfecta elegancia, tiene reloj y algunas joyas, gasta sin reparo, y condiciones son estas á las que resisten muy pocas mujeres de la edad moderna. Su amo, que no puede ocuparse de nada, se lo tiene abandonado todo, y él hace y deshace como verdadero propietario; él sabe cuándo debe considerar como provechosos trajes enteros y cuándo debe guardar lo que su amo olvidó.

Si bien es cierto que sus ganancias son grandes, no lo es menos que su oficio es más comprometido: él se ve constantemente expuesto por causa de muchas de las aventuras de su amo; él tiene que conocer quién es adverso ó favorable al que le paga; rehír con el sinnúmero de acreedores que lo asedian, hacer frente á los usureros que lo persiguen y vivir en continua agitación, en perpetua lucha para poder salir adelante, pero en cambio no parece criado, es un jefe en toda la extensión de la palabra, él manda y gobierna, él dispone y arregla y organiza á su gusto, porque el señorito, que en él depositó toda su confianza, no lo puede aguantar, pero no se atreve á despedirlo.

El militar de alta graduación tiene también casi siempre su ayuda de cámara, no menos notable que los anteriores y el más sufrido de la clase, pues aguanta con harta frecuencia las genialidades de su amo que no puede perder nunca su trato de cuartel: es también de los que menos provechosos cuenta, pero es de los que más descansados viven, pues cortos y ligeros son los quehaceres de una casa que para estar en carácter ha de semejar un tanto á un campo de batalla. La señora suele mortificarlo, pues es aficionada á batallas, y á falta de con quién librarlas tiene siempre al ayuda de cámara de su marido, que con razón puede decir siempre que sale de Herodes para entrar en Pilatos.

Como puesto más elevado, como *desideratum* en la clase, el ayuda de cámara después de haber servido á no pocos señores y haber pasado por muchas vicisitudes, suele conseguir á fuerza de recomendaciones que lo reciban en una de las aristocráticas casas de que tanto nombre gozan. Pueden muy bien estos puestos ser comparados con los pingües beneficios y ricas prebendas de que en otro tiempo disponía la Iglesia. Allí el ayuda de cámara no tiene que hacer más que permanecer al cuidado del señor, vigilar la puerta de su despacho y transmitir las órdenes que reciba. Por lo demás, su sueldo es crecido, sus provechosos muchos, tiene criados que le sirvan y manda con tanto desenfado que mayor no puede ser. Él es quien impone al amo de todo lo que acontece, quien le da cuenta de lo que pasa en la casa, y quien le sirve de confidente secreto, gracias al que la señora ni aun sospecha de lo que pasa por fuera. Nadie más que él sabrá que el amo tiene dos casas, y él solo cobrará de ambas; mas como todo lo que tiene ventajas tiene también inconvenientes, un ayuda de cámara de esta especie nunca es mirado con buenos ojos, y la esposa desconfía de él y el hijo lo odia con encono, y todos lo persiguen y lo calumnian, consiguiendo no pocas veces derribarlo del trono que con astucia y maña se había sabido levantar.

No pocas veces la envidia es el principal agente que impulsa á los otros para que con él obren de una manera tan odiosa, pero si se apercibe á tiempo sabrá con muchísima diplomacia destruir todas las maquinaciones y aun obtener ventajas, pues las presentará como injustos é infundados ataques á una persona que es fiel para que el amo no sepa lo que sucede.

Lo que más acrecienta y ayuda el poder de un hombre de esta clase, es su propia servicialidad bajo la que no pocas veces se ocultan las miras interesadas y el afán de lucrar. Cuando son muchos los años de servicio que lleva un ayuda de cámara, es terrible: servirá en todo y para todo al amo de la casa, hará lo mismo con la señora y cubrirá favoreciéndolos, si es preciso, los vicios del hijo: será el confidente de todos; no habrá ninguno que le haya dejado de comunicar algún secreto de los que implican faltas y estos precisamente serán los que le den poder y valer: comprende que todos han de temerle y se aprovecha de ello; todos están seguros de que los puede perder y ninguno quiere malquistarse y lo miman y halagan y por sus faltas aumenta las ya crecidas ganancias que consigue. Haga lo que haga, nadie osará decirle nada: el señor teme con fundamento que á oídos de su esposa lleguen ciertos pecadillos que por más de un concepto le conviene tener ocultos; ella siente lo que podría ocurrir si por perjudicarla dijera á su marido que algunos amigos la visitan precisamente cuando él está fuera de casa y en cuanto al hijo calla porque más de una vez, gracias al ayuda de cámara, se vió libre de algún apuro.

Tal es nuestro tipo; y para concluir diremos que con ellos se realiza también la verdad de *tal para cual ó á tal amo tal criado*.

A. FERNÁNDEZ MERINO



Fig. 3. - ATLAS. 1619

LAS REPRODUCCIONES

DEL ARTE EXTRANJERO EN EL MUSEO DE KENSINGTON (INGLATERRA)

No será objeto del presente artículo tratar de la decadencia del sentimiento artístico en ciertos países, como Inglaterra, donde durante muchas décadas fué por demás marcada; pero permítasenos decir, y esto no será una observación original, que si con todo lo que representa el arte inglés de la primera mitad del presente siglo y lo que se supone que le representó en la Gran Exposición de 1851, se hiciera un montón y se arrojara al fuego, el mundo no sería por eso más pobre.

Que se pueda alcanzar la excelencia del trabajo en las escuelas técnicas del futuro, tal como existió en épocas pasadas, y que sea posible establecerlas para conseguir semejante fin, son cuestiones que el tiempo ha de resolver; pero es indudable que si se logra introducir el buen gusto y la mejor educación artística, el resultado será sin duda producir trabajos que puedan competir sin desventaja con los de nuestros antiguos maestros.

El impulso comunicado al arte por varios centros sabiamente organizados, como por ejemplo las escuelas de dibujo y otras instituciones bien conocidas, se ha dejado sentir de la manera más evidente en estos últimos años, sobre todo en Inglaterra. Si el arte se ha retrasado algo en el ramo de orfebrería, no es porque carezca de importancia, no porque dejen de gastarse anualmente considerables cantidades en metales preciosos, sino porque el valor y variedad de las mejores muestras de esa especie de trabajo de todas las edades dificulta su adquisición al artífice.

fice, siendo por lo tanto desconocidas para él las obras maestras de las naciones más adelantadas en ese ramo.

Esto era un grave inconveniente; pero la Sociedad de Ciencias y Artes de Londres pudo obviarlo, al fin, cuando ideó las reproducciones en *facsimile* de los objetos de arte en metales preciosos, que se hallan en las colecciones públicas y privadas, algunas de las cuales contienen riquezas de inestimable valor por tal concepto. Así ha sido posible seguir paso a paso los progresos de los artífices en casi todas las décadas de los últimos cuatro siglos; y basta visitar los Institutos de Oxford y Cambridge, y sobre todo el Museo de Kensington, para ver una de las más admirables series de objetos artísticos, colocados en escaparates por el más riguroso orden cronológico. Otros países, sobre todo Alemania, utilizaron la idea, y obteniendo el permiso para sacar copias en *facsimile*, y adoptado el sistema de cambios, aquellos que se dedican al estudio del arte pueden consultar hoy sin dificultad las mejores obras maestras de las escuelas extranjeras, no sólo de Alemania, sino de Rusia, Dinamarca y los países del Sur, como España, Francia e Italia, cuyos objetos de arte, aunque menos numerosos, no ceden a los demás por su mérito y valor artísticos.

Holanda es rica por tal concepto, pues conserva verdaderos tesoros, desconocidos de la mayoría de los artífices ingleses hasta hace algunos años, pues sólo vieron algunos bosquejos de Van der Kellen, sin tener ocasión de examinar los originales. En 1880, la Sociedad de Amsterdam conocida con el nombre de «Arti et Amicitiae» organizó una exposición de obras artísticas de oro y plata, y como tenía mucha influencia en el país, obtuvo el apoyo, no solamente del Municipio, sino de diversas corporaciones, que contribuyeron con las que conservaban para darlas a conocer. El Museo de la Real Sociedad de Anticuarios de Amsterdam, el Museo de Harlem y el de Utrecht, enviaron los más ricos contingentes, formándose así una colección de las más completas.

Con tal motivo se permitió sacar copias de cualesquiera muestras del antiguo arte holandés, y particularmente de aquella época en que Van Vianen y Lutmas llegaron a esa perfección técnica que apenas tenía rival en ninguna otra parte. Gracias al permiso otorgado, la colección del Museo de Kensington se enriqueció con una nueva serie que representa e ilustra la historia del arte en Holanda. Poco se encontrará, sin embargo, de la Edad media, es decir, de tiempos anteriores a la Unión de Utrecht y a la declaración de la Independencia, ó sea 1575. Desde esta época hasta 1650, el arte del platero rayó a su mayor altura y fué el más celebrado en Europa.

En los primeros años del siglo XVII se inaugura el más brillante período de la escuela holandesa, el siglo de los dos Lutmas, padre e hijo, de la familia Van Vianen, y de un artífice notable cuyo nombre se ha perdido, pero que se distinguió por sus admirables trabajos.

Del año 1604 es la célebre copa, verdadera obra maes-



Fig. 4. - ENTREPAÑO DE PLATA

tra, que representamos en nuestro grabado (fig. 6), muy conocida en toda Holanda; consérvase en el Museo de Harlem, juntamente con una reseña contemporánea en que se trata del dibujo, de la ejecución y del coste, lo cual permite formar una idea del valor que en aquellos tiempos tenía semejante tesoro. Hoy día se conoce con el nombre de «Copa de San Martín de Harlem;» es de plata sin dorar y la tapa está sobrepuesta de una diminuta estatua de San Martín a caballo, cortando con su espada una porción de su capa para dársela a un pobre, que está junto al cuadrúpedo. Esta pieza mide en conjunto cuarenta y cinco centímetros de altura; el grupo que la corona fué modelado por Hendrik Keyser, escultor de Amsterdam, y ejecutado por Ernesto Janss Van Vianen, individuo bien conocido de esta célebre familia de artistas en metal, á quien se atribuyó toda la obra en otro tiempo. Cuatro medallones que hay al rededor del cuerpo de la copa representan escenas de la vida del santo, debiéndose el dibujo á Hendrik Goltzius y la ejecución á Van Vianen. El pie de la copa fué obra de un platero de Harlem llamado Jacobo Alckema, cuya marca se puede ver en el



Fig. 6. - COPA DE SAN MARTÍN DE HAARLEM

nen, debiéndose admirar sobre todo en él, no solamente la buena forma y las proporciones, sino también los detalles anatómicos, en cuya reproducción se distinguió la escuela de que hablamos.

La armonía y lo bien acabado del pedestal deben llamar la atención del moderno dibujante: esta obra maestra es de 1610.

Sin embargo, debemos hacer mención de otro objeto, verdadero prodigio del arte y el que más enaltece á esta escuela holandesa, que se distinguió por su habilidad para trabajar la plata en relieve con el martillo, trabajo que no pudieron hacer nunca con tan admirable perfección los artífices de ningún otro país ni de época alguna. La obra maestra á que nos referimos es un entrepaño de plata (fig. 4), que hemos elegido entre otros objetos preciosos por parecernos el más notable. Esta obra nos revela la perfección, la singular destreza y el conocimiento técnico á que un artífice puede llegar y bien merece figurar entre los tesoros de arte nacional en el Museo de Hagues. El artista Matías Melin Belga, es muy acreedor á que se recuerde su nombre, porque no era seguramente un oscuro trabajador, sino un verdadero maestro en su arte.

No menos maravillosos ejemplos de esta especie se podrían ver en la colección del Dr. Popta, en el museo fundado cerca de Leeuwarden en 1712. Entre ellos figuran un jarro y dos salvillas, y, aunque de fecha más reciente que los otros objetos, demuestran que este ramo del arte holandés no había degenerado aún. El jarro (fig. 1), y una de las salvillas (fig. 5), son también objetos preciosos por la riqueza de los detalles y la armonía del conjunto; en la salvilla representáanse diversas figuras y animales en alto relieve; el artista quiso figurar las cuatro partes del mundo, Europa, Asia, Africa y América, cada cual en su división, separada una de otra por una especie de marco del más curioso trabajo grotesco, á que tan aficionados eran los artífices holandeses en aquella época.

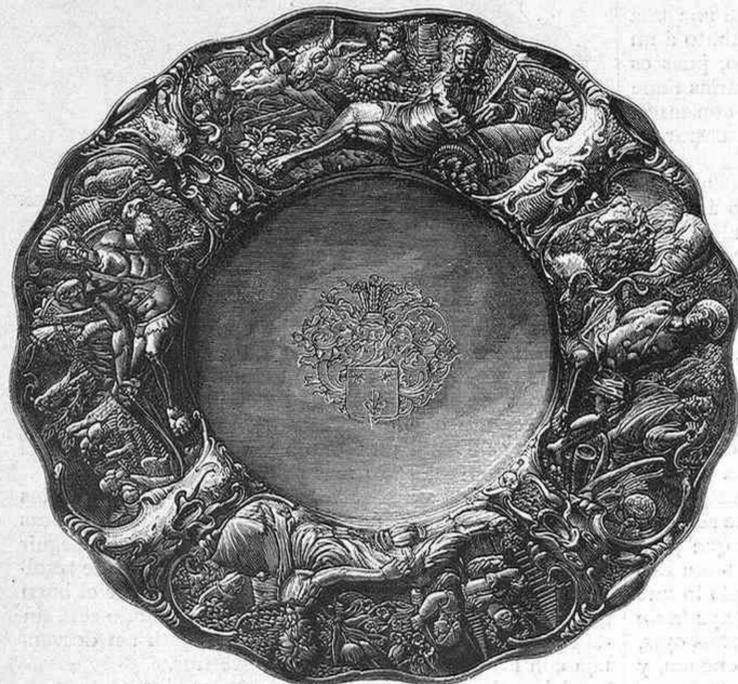


Fig. 5. - SALVILLA DE LA COLECCIÓN POPTA



Fig. 7. - SALVILLA DE FINES DEL SIGLO XVII

En cuanto al jarro, precioso por su trabajo y su forma, distínguese sobre todo por el asa, que figura una serpiente marina, hallándose representados en el pie los elementos, que se indican por un león, un águila, un delfín y una salamandra.

Aquí llegamos casi al fin del período que produjo los más célebres artistas de la escuela holandesa; pero aun se hicieron buenos trabajos en el siglo XVII, como lo demuestra nuestro grabado (fig. 7), cuyo original pertenece á una colección privada. El artista, C. Bacardt de Bols-

wardt en Friesland, floreció en el tercer cuarto del siglo XVII y produjo obras de un trabajo verdaderamente exquisito.

(Del Art Journal)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.
BARCELONA. - IMP. DE MONTANER Y SIMÓN